

LOPE DE VEGA Y *EL ARENAL DE SEVILLA**

Por RAMÓN MARÍA SERRERA CONTRERAS

A la memoria de Antonio García-Baquero, con quien recorrí metro a metro, escrutando su pasado, el Arenal de Sevilla, zona de embarque de todos los que soñaron la “aventura americana”.

LOPE DE VEGA EN SEVILLA

Aunque los historiadores de la Literatura han estudiado a fondo la presencia de Sevilla en la amplísima producción poética y teatral de Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635), con innumerables referencias sobre la capital hispalense, bastante menos documentado está el tema de las estancias del Fénix de los Ingenios en la ciudad que ya llevaba un siglo desempeñando la función de Puerto y Puerta de Las Indias. Al contrario de lo que ocurre con Miguel de Cervantes, cuyas etapas de residencia en Sevilla resultan bien conocidas y con numerosos testimonios documentales que las ilustran, menos estudiadas han sido los distintos momentos en los que Lope de Vega residió en la capital del Guadalquivir. Los periodos de niñez y primera juventud del poeta

* El presente artículo reproduce, con algunas leves modificaciones formales y de estilo, el texto de la introducción o estudio preliminar que, por encargo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, redacté para preludear la edición de *El Arenal de Sevilla* de Lope de Vega, publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, Colección “Sevilla lee”, Sevilla, 2007, 126 pp.

siguen ofreciendo muchas lagunas que los especialistas, historiadores de la Literatura o historiadores a secas, algún día tendrán que rellenar.

Un gran conocedor de la obra de Lope, Hugo A. Rennert, sugiere que en *La Dorotea*, publicada en 1632, ofrece el autor un relato que, a su juicio, resulta indiscutiblemente autobiográfico, en el que la figura de Fernando encarna la experiencia vital del propio Lope. En la obra hay continuas referencias a las idas y venidas del protagonista a la capital andaluza. Y es posible que sea cierta tal hipótesis. Pero no deja de ser una mera conjetura que, por lo demás, no fija fechas o referencias cronológicas concretas sobre las estancias del genial dramaturgo en Sevilla.

Por lo que respecta a su infancia, el propio Lope de Vega manifiesta en la dedicatoria de su comedia *La hermosa Ester* (1621) su agradecimiento a su tío don Miguel del Carpio, hermano de su madre, por entonces inquisidor en Sevilla, “de noble y santa memoria, en cuya casa pasé algunos de los primeros días de mi vida” y en donde el poeta recuerda con agrado que se crió y que con él “aprendió las primeras letras latinas”. Debió ser duro e intransigente en su inquisitorial oficio don Miguel, ya que por entonces era considerado “hombre por quien hoy dicen en Sevilla cuando una cosa está caliente: ‘quema como Carpio’”.

Si tenemos en cuenta que don Miguel del Carpio, según el estudioso Joaquín de Entrambasaguas, falleció antes de 1579, la edad que tenía Lope de Vega durante la época en que residió en casa del tío no debió de sobrepasar en ningún caso los diecisiete años. Por su parte, el erudito sevillano Santiago Montoto precisó aún más el momento de la muerte de don Miguel, que sitúa en el año 1570. Si el dato fuera cierto, la fecha nos remitiría a un Lope de Vega de ocho o nueve años, etapa esta en la que sí tendría edad para aprender “las primeras letras latinas”. Y lo dicho nos obligaría a descartar la opinión de otros autores que, sin justificación documental, transportan la fecha de la muerte del tío a otras etapas posteriores de su vida.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, uno de los más grandes biógrafos de Lope de Vega, autor de una clásica y documentadísima biografía de nuestro autor publicada en 1890 por la Real Academia Española, sugirió en su día la posibilidad, que no hay que desestimar según Alonso Zamora Vicente, de que Lope hubie-

ra pasado por Sevilla en 1582 y 1588 con ocasión de su alistamiento y participación en las campañas de la Isla Terceira y de la Armada Invencible. Pero no terminan de confirmarse estas dos breves estancias.

Por el contrario, está totalmente contrastado que Lope de Vega residió durante largas temporadas en la capital hispalense en el periodo comprendido entre los años 1600 y 1604. No fue una residencia continuada, sino varias estancias prolongadas en la que el Fénix de los Ingenios desplegó una amplia actividad literaria y amorosa. Durante esta etapa publica, entre otras obras, *La Hermosura de Angélica* y sus *Rimas* (1602), *El Peregrino en su patria* (1603), el *Arenal de Sevilla* (1603), etc. Y por lo que respecta a la vida sentimental de ese eterno seductor que fue Lope de Vega, hay que recordar que antes de venir a Sevilla había contraído matrimonio en Madrid en 1598 con Juana de Guardo, hija de un rico abastecedor de carne de la Villa y Corte. Hasta la muerte de la madrileña en 1613, el matrimonio tuvo tres hijos: Juana, Carlos Félix y Feliciano. Pero Juana de Guardo nunca terminó de encender en el poeta su pasión amorosa, ya que apenas aparece mencionada o evocada en los poemas de Lope de este periodo. Muchos más ardorosos y vehementes fueron, por el contrario, los amores que le dispensó por esos años a otra mujer que sí supo despertar los sentimientos más hondos y poéticos en el corazón de nuestro siempre hipersensible autor. Se trata de Micaela de Luján, la *Lucinda* o *Camila Lucinda* a la que dedicaría numerosos sonetos incluidos en la edición de 1602 de sus *Rimas*. La Luján era una bellísima comedianta cuyo marido residía desde 1595 en el Virreinato del Perú, en donde fallecería en 1603. Con ella convivió Lope desde 1599 sin recato alguno, compartiendo casa durante su etapa sevillana. Frutos de esta relación extramatrimonial fueron nada menos que cinco hijos, el último de los cuales, Lope Félix, nacido en enero de 1607, llegaría a ser bautizado en la parroquia de San Sebastián de Madrid, siendo registrado en el libro bautismal como hijo de Lope y de Micaela de Luján sin el menor reparo, teniendo en cuenta que en Toledo, cerca de la capital madrileña, residía por entonces Juana de Guardo, su esposa legítima.

Hasta 1608, año en que Micaela de Luján deja de aparecer en los escritos de Lope, el poeta tuvo que dividir y distribuir sus afectos y su peculio entre dos hogares. Pero hasta entonces, la

Luján fue, desde luego, la mujer que compartió el corazón de Lope, despertando en él sus más inspiradas composiciones amorosas, sobre todo entre 1600 y 1604, justo durante la etapa sevillana. Dos de las hijas habidas de esta unión, Mariana y Angelilla, aparecen evocadas en sus escritos como “dulces pajarillos, inocentes prendas del hermoso pecho de Lucinda”. Y la propia Luján es mencionada en sus sonetos como “Etna de amor” y “Sol de hermosura”. Porque para Lope, su amada era

*“milagro del autor de cielo y tierra,
bien de naturaleza el más perfecto,
Lucinda hermosa en quien mi luz se encierra”*

A tenor de lo dicho, ¿debe extrañarnos que lleven el nombre de Lucinda las protagonistas femeninas de *El Arenal de Sevilla* y *El ruiseñor de Sevilla*?

Y por lo que respecta a sus relaciones literarias, hay que recordar también que, durante estos cuatro años, trató nuestro autor en Sevilla a numerosos escritores que por entonces habían alcanzado merecida fama en ese periodo dorado de las letras españolas. Comprobada está su relación con el célebre poeta Juan de Arguijo, acaudalado noble sevillano, músico y tañedor de vihuela, que se distinguió por organizar cultas tertulias literarias en su casa y por ejercer el mecenazgo con artistas y escritores. Como poeta escribió Arguijo, con el pseudónimo de *Arcicio*, numerosos sonetos sobre temas clásicos o mitológicos marcados estilísticamente por la perfección academicista y el equilibrio formal. Entre los escritores a los que dispensó su protección estuvo Lope de Vega, del que Arguijo se convirtió en amigo y mecenas durante sus periodos de residencia en Sevilla. Y, como expresión de agradecimiento, el Fénix de los Ingenios le dedicaría una de las obras que culminó en la capital hispalense, *La hermosura de Angélica*, impresa en Madrid en 1602 en el mismo volumen en el que se incluían las tres partes de sus celebradas *Rimas*, también dedicadas al propio Arguijo, “caballero veinticuatro de Sevilla” por ostentar el noble poeta la condición de regidor del Ayuntamiento Hispalense.

También compartió amistad Lope de Vega con el poeta Antonio Ortiz Melgarejo, recopilador a su vez de cuentos y com-

posiciones leídas en las tertulias de Arguijo. Por ello, nada tiene que extrañar que escribiera para Lope unos versos laudatorios que preludian los 200 sonetos incluidos en la segunda parte de sus *Rimas*. En estos versos alude a *Lucinda*, el gran amor de Lope por esas fechas. Y también hace referencia a nuestro autor, de quien Ortiz Melgarejo expresa que "siempre será tenido tu claro plectro por milagro al mundo".

Pero la lista de literatos sevillanos con los que se relacionó Lope de Vega, estrechando vínculos de sincera amistad, no acaba con los mencionados. Compartió afanes con el contador de la Armada Gaspar de Barrionuevo, un poeta toledano de feliz y fino ingenio, del que se ha llegado a pensar que no sólo conoció los secretos amores de Lope con Micaela de Luján, sino que incluso llegó a hospedarse en la misma casa de los amantes. Cuando Lope se ausentó de Sevilla durante una temporada para residir en Madrid, nuestro autor le confió que velara por su familia sevillana. Y cuando se entera de que la Luján está enferma, le escribe un soneto a su amigo Barrionuevo pidiéndole que cuidara de su salud. En esta composición el poeta, que siente una gran nostalgia de su amada, le confiesa a Barrionuevo que, a causa de la separación, "yo tengo de amor el alma enferma... que no tiene salud quien está ausente".

Comprobado también está que Lope trabó igualmente amistad y relación en Sevilla con Mateo Alemán. El testimonio documental es del año 1604, cuando Micaela de Luján recaba la tutoría y custodia de las dos hijas habidas con su marido legítimo, que acababa de fallecer en tierras peruanas. Como fiador de la Luján figura el propio Lope de Vega, que no ocultó notarialmente su relación. Y como testigo de la solvencia del poeta se personó Mateo Alemán. Ello nos induce a pensar que Lope debió tener estrecha relación con el autor del *Guzmán de Alfarache*.

Y todavía hay incluso un dato interesantes más sobre la relación de Lope con los literatos de Sevilla, ya que cuando el 19 de octubre de 1603 es bautizado en la capital hispalense su hijo Félix, fruto de sus relaciones con Micaela de Luján, el padrino del bautizo fue Fernando de Soria Galvarro, amigo de Lope, otro poeta sevillano del momento al que dedicaría unos inspirados sonetos otro poeta también sevillano de su generación, Francisco de Me-

drano, el autor de *Remedios de Amor*, que había retornado a la capital hispalense tras abandonar su carrera clerical en Galicia en 1602. Ese fue el ambiente literario de la Sevilla del cambio de centuria con el que entró en contacto Lope de Vega durante sus prolongadas estancias en la capital andaluza.

Y la pregunta esperada: ¿coincidió Lope de Vega en Sevilla con Miguel de Cervantes justo en los años en que este ultimaba la redacción de la primera parte del *Quijote*. Para Cayetano Alberto de la Barrera, autor de la biografía de Lope ya citada con anterioridad, no cabe la menor duda de que ambos genios se encontraron en diversas ocasiones durante estos años en Sevilla. Cervantes tenía relación con Lope, a quien había conocido en Madrid desde 1583 al 1585. Y se volvieron a tratar después en 1587 y 1588. Según el autor aludido –citamos textualmente– “de Lope de Vega consta, por la *Epístola a Lucinda*, que en el año de 1601 se hallaba en Sevilla y salió de allí para Toledo, regresando después a la capital de Andalucía, donde se imprimió *El Peregrino*, cuya dedicatoria firmó en 31 de diciembre de 1603. ¿No pudo pues, encontrando a Cervantes en aquella ciudad, así durante la primera época citada de 1601, como a fines del siguiente año o principios de 1603, enemistarse con él por cuestiones literarias y conocer entonces en parte el *Quijote*, del que a poco tiempo y antes de su publicación habló con notable desprecio?”. Quedan, como podemos ver, algunas lagunas y puntos confusos en el estudio de la relación entre ambos genios durante sus respectivas etapas de residencia en la capital hispalense. Pero, dada la proximidad o cercanía de fechas, no es descartable que se trataran y coincidieran en esa gran ciudad portuaria que ya por entonces se había convertido en una nueva “Babilonia” merced al comercio americano.

Que Sevilla dejó una profunda huella en la biografía personal y en la producción literaria de Lope de Vega, de ello no nos cabe la menor duda. De su amplísima relación de títulos, numerosas son las piezas teatrales, novelas o composiciones poéticas que están ambientadas total o parcialmente en la capital hispalense. Baste con citar *El Arenal de Sevilla*, *El ruiseñor de Sevilla*, *La Estrella de Sevilla* (cuya paternidad hoy es atribuida mayoritariamente a Lope), *La corona merecida*, *La prisión sin culpa*, *El amante agradecido*, *La más prudente venganza*, *Enmendar un daño*

a otro, *Los Vargas de Castilla*, *Amar, servir y esperar*, *La carbonera*, *Audiencias del Rey don Pedro*, *El médico de su honra*, *Doña Juana de Castro*, *La niña de plata*, *La mayor corona*, *Servir a señor discreto* y un largo etcétera que sería prolijo en estas breves páginas.

“EL ARENAL DE SEVILLA”

De entre todos los títulos citados, el que mejor retrata y plasma la realidad de la capital hispalense en estos años dorados del momento de su máximo esplendor es, sin duda alguna, *El Arenal de Sevilla*. Escrita por Lope de Vega en los primeros meses de 1603 durante una de sus etapas de residencia en la ciudad andaluza, la comedia en tres actos *El Arenal de Sevilla* fue publicada en Madrid en 1618. Ambientada toda su acción en Sevilla en el mismo año en que se gestaron sus versos, la historia de amor que se narra es muy simple. Don Lope —que así se llama también el protagonista— ha abandonado a Lucinda y quiere embarcarse para las Indias. En el Arenal de Sevilla se encuentra con otra mujer, Laura, de la que se enamora. Pero llega Lucinda a Sevilla vestida de gitana e interviene con mentiras y falsos rumores para intentar romper ese nuevo amor de don Lope, que decide finalmente dejar a Lucinda para casarse con Laura. El argumento en sí viene a ser como un pretexto literario para describir el Arenal y su bullicioso y cosmopolita ambiente, de forma tal que este ribereño y sevillano espacio es el que se convierte realmente en el auténtico protagonista de la obra.

Se imprimió por primera vez *El Arenal de Sevilla* en la madrileña imprenta de la viuda de Alonso Martín de Balboa en el año 1618, formando parte la undécima de las entregas de sus comedias. Pero no fue escrita en dicho año, sino en el de 1603, durante una de las estancias sevillanas de Lope. Así lo demuestra de forma incuestionable el investigador Jaime H. Arjona, experto en la obra de nuestro autor. Se basa para ello en la cronología de los hechos relatados en la comedia o en las circunstancias biográficas de los personajes citados en el texto: el conde de Niebla, el marqués de Santa Cruz, don Pedro de Toledo, el traslado de la Corte de Madrid a Valladolid, etc. Todo hace referencia a 1603,

ya que el 28 de febrero de dicho año fue nombrado capitán general de las galeras de España don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla; poco después fue designado don Álvaro de Bazán, segundo marqués de Santa Cruz, para desempeñar el mando de la escuadra de Nápoles y las galeras de Italia; y don Pedro de Toledo, por su parte, fue nombrado gobernador de Milán en febrero del mismo año. Son personajes históricos que fueron designados por Felipe III para desempeñar alguna alta responsabilidad gubernativa o militar y que delimitan cronológicamente el momento a partir del cual Lope de Vega escribió el texto de su comedia. El autor arriba citado llega a precisar aún más la información al apuntar que la redacción hubo de tener lugar entre el 28 de febrero y el 17 de mayo de 1603, ya que en sus versos no se recogen algunas noticias importantes que se sucedieron después de la segunda fecha referida y que Lope de Vega tenía que haber conocido por encontrarse en Sevilla, una ciudad portuaria en la que con prontitud se recibían las novedades de los nombramientos de los altos cargos de las armadas reales o del gobierno de las principales plazas españolas de soberanía española del momento. Si a ello se suma que la dedicatoria de la obra fue escrita el 31 de diciembre de 1603, poco margen para la duda dejan estos referentes cronológicos.

Desde la Edad Media se consideraba que el Arenal de Sevilla se extendía, en un sentido lato, a lo largo de toda la amplia franja ribereña comprendida entre la muralla y el río, y entre la Torre del Oro y la Puerta de la Barqueta o de la Almenilla. Así lo definen algunos estudiosos e incluso cronistas del siglo XVI, como Alonso de Morgado. Sin embargo, el Arenal en su acepción más clásica y restringida, el que fuera cantado por poetas y literatos del Siglo de Oro y plasmado en imágenes por artistas de todas las nacionalidades, ofrecía una configuración espacial más reducida, extendiéndose entre la Torre del Oro y el puente de barcas frente a la Puerta de Triana, y desde la muralla de la ciudad hasta el Guadalquivir.

Nacido el Arenal como un arrabal o barrio portuario extramuros, entraba en comunicación con el interior del recinto amurallado a través de dos puertas (las de Triana y el Arenal) y dos postigos (del Aceite y del Carbón), a los que habría que añadir

la puerta del río, es decir, el puente de barcas. De todas las puertas que se abrían al Arenal, su puerta homónima debió ser, junto con la de Triana, la más transitada. Al describir la ciudad de Sevilla Lope de Vega en su obra *La más prudente venganza*, hace alusión esta puerta con las siguientes palabras: "ciudad que no conociera ventaja a la gran Tebas, pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por uno solo de sus muros ha entrado y entra al mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo", en clara referencia a nuestra popular puerta. Trabajo nos cuesta contradecir al Fénix de los Ingenios. Pero no resulta claro que fuera precisamente por la Puerta del Arenal por donde ingresaban en la ciudad los tesoros americanos, ya que eran conducidos directamente desde el puerto hasta la Casa de la Contratación, situada en el Alcázar, a través del Postigo del Carbón y el Arquillo de la Plata. No obstante, bajo el arco de la Puerta del Arenal, tan exaltada por viajeros y literatos, transitaron pícaros y rufianes, chamarileros y prostitutas del cercano Compás de la Laguna, clérigos y beneficiados de la vecina catedral, comerciantes e inquisidores, carreteros y vendedores de todo tipo de géneros, soldados y marineros del puerto relacionados con la Carrera de Indias.

Pero desde la Puerta del Arenal la vieja muralla continuaba por la antigua calle del Pescado (actual Arfe) hasta llegar al Postigo del Aceite, también llamado de las Atarazanas por descargar su flanco meridional en el muro de fondo de los astilleros alfonsíes. El cronista local Fermín Arana de Valflora nos explicaba en 1766 el origen del nombre más generalizado de este arco al referir que en el siglo XVI "estaba la puerta del Aceite cerrada lo más del día, y se abría a las dos de la tarde para que entrase el aceite que venía del Aljarafe". Junto con la Puerta o Arco de la Macarena, este popular Postigo del Aceite es la única puerta que se conserva del antiguo recinto amurallado de Sevilla. El siguiente postigo era el del Carbón, que, según indicaba el propio Arana de Valflora, fue en el siglo XVI llamado "puerta del Oro, por el mucho que en dicho tiempo entraba por ella".

Pero además de las cuatro puertas ya mencionadas, por las que se comunicaba el Arenal con la ciudad, existía todavía una quinta (ya que, en verdad, así podríamos considerarla), que servía no sólo para unir las dos orillas del Guadalquivir, sino también

para conectar Sevilla con la rica comarca del Aljarafe. Evidentemente nos estamos refiriendo al puente de barcas mandado construir en 1171 por el Califa Abu Yacub Yusuf. Este puente de madera, tendido sobre barcazas y fuertemente trabado con cadenas de hierro, arrancaba, por el lado del Arenal, del final de una calzada empinada que venía desde la Puerta de Triana y terminaba, en la orilla trianera, en la plaza del Altozano, junto al castillo de la Inquisición. Luis de Peraza, que escribe en el primer tercio del siglo XVI, lo califica de “solemne puente de madera” y afirma que se sustentaba sobre “once barcos”; Pedro de Medina, a mediados de la misma centuria, nos dice que se apoyaba en diecisiete barcas, mientras que Alonso de Morgado, para fechas muy próximas, señala que “estaba construido sobre trece barcas amarradas” en las que se apoyaban sólidos tablones.

La ribera del río y, más en particular, la zona portuaria constituían el centro neurálgico y rector del Arenal, ya que, no en vano, los restantes espacios que fueron completando la fisonomía del barrio surgieron y se desarrollaron al calor de las actividades allí desarrolladas. Por lo que se refiere a los muelles con que contaba este puerto para que los navíos pudiesen efectuar las operaciones de carga y descarga, a partir del siglo XV los documentos nos hablan hasta de un total de cinco repartidos entre las dos orillas, tres en la del Arenal (el de la Catedral o de la Aduana, el Arenal y el Barranco) y dos en la de Triana (Mue- las y Camaroneros), debiendo destacarse la existencia, junto a la Torre del Oro, de una grúa o *ingenio* para la carga y descarga de mercancías pesadas. Por lo demás, existía en el puerto para ello toda una flotilla de barcas, barcazas y lanchas para el trasbordo de pasajeros entre ambas orillas. Y era también muy frecuente recurrir al empleo de galeras que, impulsadas por la fuerza de sus remos, remolcaban a los navíos ayudándolos a remontar el río aguas arriba o bien alijándolos cuando, debido a su excesivo calado, no podían hacerlo, transportando hasta la Aduana las mercancías más valiosas.

Como he estudiado en otra ocasión con Antonio García-Baquero, gran amigo y compañero recientemente desaparecido, autoridad suprema en estos temas relacionados con el comercio americano, lo que convertía al Arenal sevillano en uno de los

lugares más bulliciosos y pintorescos de la ciudad no era sólo el trajín diario de su puerto, con el constante ir y venir de mercaderes, cargadores, carretilleros, palanquines, carreteros, maestros de navíos, marineros, etc. Esa extraordinaria vitalidad que proporcionaba a este espacio el frenético ajeteo de su tráfico portuario, junto al carácter abierto y semidespoblado que conservó hasta fines del siglo XVIII, así como su proximidad con respecto al célebre Compás de la Laguna o de la Mancebía, hicieron del Arenal un ámbito propicio para que por él también campasen por su respeto marginados sociales de toda calaña y gentes "de mal vivir". Tanto es así que, como comenta Santiago Montoto, "era ejecutoria de alta nobleza para los pícaros y truhanes el haberse doctorado en las arenas del Arenal". Y no es de extrañar que, con semejantes convecinos, hurtos, riñas y pendencies estuviesen allí al orden del día, según nos testimonian la novela picaresca, los cronistas y la documentación municipal de la época. Sin ir más lejos, Vélez de Guevara hace que su *Diablo Cojuelo*, al regresar de Triana a Sevilla, promueva dos o tres pendencies al pasar por el Arenal: "y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de la causa de los dos, revolviendo de paso dos o tres pendencies en el Arenal". Monroy y Silva, en su comedia *El más valiente andaluz*, hace que el fiero Antón Bravo realice "en el ameno Arenal de Sevilla" algunas de sus hazañas. Y también Lope de Vega, en *El Arenal de Sevilla*, sitúa aquí la sospecha de un robo cruento: "Se decía que estaba en Sevilla herido, de cuatro ladrones fieros, quedando de sus aceros, en este Arenal tendido". En este mismo escenario se suceden las fechorías de los compadres del protagonista de *El gallardo Escarramán* de Salas Barbadillo, señalándose a propósito de una reciente acción criminal: "El robo es tan sutil, tan ingenioso, que merece vivir y ser famoso. Sólo en el Arenal libre y desierto, podía acometerse tal hazaña".

No siempre las riñas y pendencies corrían por cuenta de toda esta caterva de pícaros, ladrones y valentones que habían hecho del Arenal sevillano su particular monipodio. También la marinería recién desembarcada de los navíos procedentes de Indias solía organizar grandes trifulcas, motivadas, en no poca medida, por el natural desenfreno a que solían dar lugar meses

de larga y penosa navegación y muchas hambres y lujurias acumuladas. Y aún más espectaculares que esas algaradas eran las reyertas provocadas por los enfrentamientos con los soldados de las galeras reales cada vez que fondeaban en el Arenal sevillano para aprovisionarse. Pero en el Arenal había también venta ambulante, se jugaba, se timaba y, por supuesto, se robaba. Concretamente, y para estos otros menesteres, dentro del Arenal tenía fisonomía propia el llamado Monte del Baratillo o Malbaratillo, “feria –según expresa Montoto- de todo el año por la real voluntad de trajinantes, chamarileros, ropavejeros, ladrones y descuideros, donde vendían los frutos de sus hurtos, robos, mohatras, engaños y cohechos”. Cervantes llevó allí a Rincón y a Cortado a vender las camisas que habían robado a un francés “y dellas hicieron veinte reales”. Y el pícaro Guzmán de Alfarache expresaba a propósito de este mismo lugar que “la ropa blanca tenía buena salida, por la buena comodidad que se ofrecía las noches en el Baratillo; ganábase de comer honrosamente y todo salíamos bien”.

Todo este tipo de sucesos eran corrientes en este singular espacio de la Sevilla áurea y son los que contribuyeron a consolidar la imagen del Arenal sevillano como zona peligrosa, por la que resultaba arriesgado aventurarse, sobre todo a partir de determinadas horas, incluso a los propios representantes de la autoridad. Pero aun así, y como nos advierte el propio Santiago Montoto, “no se crea que el Arenal era sólo refugio de pícaros y malhechores; antes por el contrario fue también paseo y lugar de esparcimiento que frecuentaban los sevillanos”. En efecto, ya desde finales del siglo XVI, como bien reflejan los grabados y los lienzos de la época, los sevillanos se acostumbraron a ir al Arenal a pasear a pie, en coche o a caballo.

También desde fines del siglo XVI, en los años en que reside en Sevilla Lope de Vega, quedó ya claramente configurada la superficie del Arenal en cuatro zonas: dos *espacios* (La Resolana y el Baratillo) y dos *barrios* (la Carretería y la Cestería). Se puede apreciar con claridad la evolución de la morfología del barrio en las grandes panorámicas generales de Sevilla contemplada desde Triana estampadas o pintadas desde mediados del XVI hasta fines del XVIII por célebres grabadores y artistas europeos,

sobre todo flamencos, italianos, alemanes y franceses. Entre estas vistas, grabadas a buril o plasmadas en lienzo, podemos destacar las de Pedro de Medina (1548), Antón van den Wyngaerde (1565), Ambrosius Brambilla (1585) y Matteo Florimi (1600); las dos versiones en óleo de la famosa vista de Sevilla injustificadamente atribuidas a Alonso Sánchez Coello propiedad del Museo del Prado (ca. 1600); el maravilloso grabado de Joannes Janssonius (1617), que incorpora en la cartela superior la leyenda "*Qui non ha visto Sevilla non ha vista maravilla*"; las estampaciones de Joachim Theodor Coriolanus (1626), Francesco Valerio (1626) y Mathäus Merian (1638); el lienzo de colección particular de Barcelona con una nueva vista de Sevilla, el Arenal y su puerto desde Triana, fechable en torno a 1650, hasta no hace mucho atribuido sin fundamento a Juan Bautista del Mazo; el óleo de autor anónimo con una vista de Triana desde el Arenal, también de mediados del siglo XVII, conservado en la sevillana colección de pinturas de la Caja de Ahorros El Monte; los dos cuadros de la Hispanic Society of America, también de la segunda mitad del XVII; los grabados de Louis Meunier (1668), Vincenzo Maria Coronelli (1692), Pieter van den Berge (1705) y Peter van der Aa (1720); el espléndido lienzo panorámico de autor anónimo con el Arenal y la vista general de Sevilla fechada en 1726, propiedad del Ayuntamiento Hispalense; la apaisada representación grabada de Pedro Tortolero (1738) de la Entrada de Felipe V en Sevilla el 3 de febrero de 1729 y un largo etcétera que sería prolijo enumerar. Para un análisis más detallado remitimos al lector a los ya clásicos estudios de Antonio Sancho Corbacho, Javier Portús y Juan Miguel Serrera; o a la reciente revisión del tema, de próxima aparición, que redacté en colaboración con el añorado amigo Antonio García-Baquero para el libro sobre la Torre del Oro cuya edición prepara actualmente la Fundación Focus.

En estas estampas la Sevilla ideal y la real se confunden, porque la Monarquía y la Iglesia se proyectaban por igual sobre la ciudad, sacralizándola. Es, en efecto, una visión más sacra que profana de una inmensa "ciudad-convento" a tenor de las numerosas referencias sobre templos y edificios religiosos que se relacionan en sus extensas y pormenorizadas cartelas expli-

cativas. Son las torres de sus parroquias, conventos y monasterios las que definen su perfil, centrado todo por la mole majestuosa y ascendente de la Giralda. Sólo el Arenal, la Torre del Oro y el Guadalquivir nos hacen recordar que esta gran urbe, considerada en la época como la Nueva Babilonia, era también por entonces Puerto y Puerta de las Indias y sede del monopolio del comercio americano desde que en 1503 se estableciera en las dependencias del Alcázar la Casa de la Contratación. Si Cervantes llegó a expresar que en Sevilla entraba cada año “el sustento universal de España”, en fechas no lejanas para nosotros el gran historiador francés Fernand Braudel dejó dicho que en la capital hispalense latía “el corazón de las riquezas del mundo”.

Pero el Arenal no sólo mereció la atención de pintores y grabadores. Porque todos los grandes literatos de nuestro Siglo de Oro plasmaron en sus creaciones la opulencia de Sevilla, una ciudad cuya población se cifraba en 1600 en torno a los 130.000 habitantes entre vecinos, estantes y transeúntes que esperaban la ocasión propicia, previa licencia de la Casa de la Contratación, para embarcar a las Indias, entre ellos don Lope, el protagonista de nuestra comedia. Pero nadie superó en expresividad y fuerza descriptiva a Lope de Vega, quien, en *El Arenal de Sevilla* y en otros numerosos títulos poéticos y teatrales debidos a su pluma, refleja toda la policromía, el cosmopolitismo y la animación de una ciudad portuaria invadida por una abigarrara muchedumbre de gente de todos los países del orbe, con el Guadalquivir poblado de naves y con el Arenal como lugar de encuentro para todos los que marchaban al Nuevo Mundo o retornaban de la “aventura americana”. Marineros, pilotos, comerciantes, emigrantes, clérigos, nobles y pícaros daban vida a esta franja ribereña de la capital hispalense por donde “dos veces en un año se entran las Indias por ella”. Según nuestro gran poeta,

*Famoso está el Arenal,
¿cuándo lo dejó de ser?
No tiene, a mi parecer,
todo el mundo vista igual.*

*Cuánta galera y navío
mucho al Betis engrandece.
Otra Sevilla parece
que está fundada en el río.*

Convertida Sevilla en cabecera de la Carrera de Indias y sede del monopolio del tráfico indiano desde 1503 hasta 1718, el Fénix de los Ingenios describe en *El Arenal de Sevilla* todo lo que entra y sale de la capital hispalense, una plaza comercial que, como bien supo expresar, “un mundo en cifra retrata”. Por ello, no puede dejar de hacer exclamar a sus personajes:

*Eso hay en el Arenal,
¡oh, gran máquina Sevilla!
¿Esto sólo os maravilla?
Es a Babilonia igual.*

*Pues aguardad una flota
y veréis toda esta arena
de carros de plata llena,
que imaginarlo alborota.*

Como bien ha sabido expresar Rogelio Reyes Cano en su estudio sobre la visión literaria de la Torre del Oro, más que este monumento fueron el Guadalquivir y su famoso Arenal los que merecieron mayor atención por parte de los escritores españoles del Siglo de Oro. El río merece una doble contemplación: como espacio arcádico imaginado según los modelos literarios del mundo clásico y como arteria fluvial que ponía de hecho en comunicación la ciudad de Sevilla con el mundo americano. Era un río, en suma, según el autor citado, convertido en canon estético por el idealismo literario de Fernando de Herrera, Francisco de Rioja, Juan de Arguijo... o el mismo Lope de Vega, el cantor por excelencia del río y de su Arenal en su doble contemplación realista o poetizada.

En la producción de los poetas del Siglo de Oro cada ciudad española podía preciarse de su monumento más relevante, de su hermosura, de su “artificio”, de sus leyendas o de su

cielo. Pero cuando se trataba de Sevilla, visitada por la mayoría de estos grandes literatos, que contemplaron su esplendor, sólo bastaba recurrir a su punto de encuentro más emblemático: el Arenal. Bien lo supo expresar con incontenible admiración el Fénix de los Ingenios al poner en boca de un forastero los siguientes versos:

*y de su hermoso Arenal
sólo se precia Sevilla,
que es octava maravilla
y una plaza universal*

El propio Lope describe un embarque de emigrantes a Indias en su comedia *La prisión sin culpa*. En el diálogo entre Lireno y Alcino se describen todos los preparativos y los temores que abrigaban los protagonistas de la aventura: mareos, peligros durante la singladura, el aprovisionamiento de los alimentos para la travesía (mermeladas, aceitunas, bizcochos, vinos, limones, etc.). Y el adiós melancólico que salía de los más profundo del corazón al abandonar, probablemente ya para siempre, la tierra de origen:

*Adiós, albuces y ostiones,
hasta que yo os vuelva a ver.
Adiós, puerta de Triana,
Arenal, barquita, adiós.*

Como bien sugirió en 1934 don Santiago Montoto en su interesante trabajo sobre el Arenal de Sevilla, en algún emplazamiento apropiado de este histórico barrio debería colocarse una lápida o monumento dedicado a Lope de Vega en homenaje a su condición de mejor cantor de sus excelencias. Y grabar en algún lugar de su caserío, como inscripción, este inspiradísimo soneto que nuestro autor pone en boca de Lope, el protagonista de *El Arenal de Sevilla*, en una de las escenas del primer acto de la comedia. Se trata una de las más sublimes composiciones salidas de su inspiradísima creación poética:

*Sembrando en tu Arenal mis esperanzas,
¡oh, Sevilla!, ¿qué fruto será el mío,
que ni del llanto bastará el rocío,
ni del ligero tiempo las mudanzas?.*

*¡Oh, tú, que del ocaso al norte alcanzas
pensamiento menor que el desvarío!,
si en el arena siembras de este río,
tu cosecha será desconfianzas.*

*Si comparas tu arena con mis males,
tú, ni la Libia, de montañas llena,
tenéis bastante copia de arenales.*

*¡Oh, principio terrible de mi pena!
Si en él son las arenas desiguales,
¿qué fin espero de sembrar tu arena?*

En la comedia que estudiamos son Sevilla y su Arenal –más que los personajes que dan vida a su trama argumental- sus auténticos protagonistas. Porque en esa Sevilla ideal y estereotipada que se mantuvo casi inalterable a través de los siglos como un gran *Theatro* -en la más genuina acepción semántica de la época, es decir, como representación o exhibición de una realidad física o humana-, el Arenal, en efecto, siempre asume un protagonismo hegemónico. En la visión más generalizada de Sevilla, en la que el espectador o el artista se sitúa en visión axonométrica a unos 35 ó 45 grados sobre el caserío de Triana, con la iglesia de Santa Ana bajo sus pies y el castillo de San Jorge a la izquierda de la representación, el Guadalquivir -por utilizar el símil de un coliseo lírico- sería el foso orquestal, ese espacio mágico que separa al público del escenario. El Arenal siempre ocuparía invariablemente el proscenio y Sevilla el escenario de la representación, con la Giralda y las torres de la ciudad como telón de fondo. Pero hay que destacar un detalle significativo: de los siete elementos distintivos por antonomasia que identifican a la ciudad en todas sus representaciones gráficas (la Catedral, la Giralda, el Arenal, el Guadalquivir, Triana en primer término, la Torre del Oro y el puente de barcas) cinco de ellos tienen relación directa con el río y su actividad portuaria, fijando así un estereotipo que pronto se convertirá en un obligado cliché iconográfico.

BIBLIOGRAFÍA

- Arana de Varflora, Fermín: *Compendio histórico descriptivo de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Sevilla, Metrópoli de la Andalucía*. Sevilla, 1789 (Reimp.facs. Sevilla, 1978).
- Astrana Marín, Luis: *La vida azarosa de Lope de Vega*. Barcelona, 1941.
- Barrera y Leiradó, Cayetano Alberto: *Nueva biografía de Lope de Vega*. Madrid, 1973-1974, 2 vols (redición de la original publicada en Madrid en 1890).
- Bernal, Antonio Miguel y Antonio Collantes de Terán: “El puerto de Sevilla, de puerto fluvial medieval a centro portuario mundial (siglos XIV-XVII)”, en *I porti come impresa economica*. Prato, 1988.
- Caballero Bonald, José M.: *Sevilla en tiempos de Cervantes*. Barcelona, 1991.
- Castillejo, David: *Las cuatrocientas comedias de Lope*. Catálogo crítico. Teatro Clásico Español. Madrid, 1984.
- Castro, Américo y Hugo A. Rennert: *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*, con notas adicionales de Fernando Lázaro Carreter. Salamanca, 1969
- Chaunu, Pierre: *Sevilla y América, siglos XVI y XVII*. Sevilla, 1983.
- Collantes de Terán, Antonio, Josefina Cruz Villalón, Rogelio Reyes Cano y Salvador Rodríguez Becerra: *Diccionario Histórico de las Calles de Sevilla*. Sevilla, 1993.
- Domínguez Ortiz, Antonio: *Orto y ocaso de Sevilla*. Sevilla, 1974 (reedición de la original publicada en Sevilla en 1946).
- Entrambasaguas, Joaquín de: *Vivir y crear de Lope de Vega*. Madrid, 1946.
- Falcón Márquez, Teodoro (ed.): *[La Torre del Oro]*, Sevilla, Focus-Abengoa. En prensa.
- Fernández Montesinos, José: *Estudios sobre Lope de Vega*. Salamanca, 1967.
- García-Baquero González, Antonio: *Andalucía y la Carrera de Indias, 1492-1824*. Sevilla, 1986.
- García-Baquero González, Antonio y Ramón María Serrera: “Sevilla, Puerto y Puerta de las Indias”, *La Universidad de*

Sevilla, 1505-2005. Sevilla, 2005.

– Lázaro Carreter, Fernando: *Lope de Vega. Introducción a su vida y obra*. Salamanca, 1966.

– Martínez Shaw, Carlos (dir.): *Sevilla, siglo XVI. El corazón de las riquezas del mundo*. Madrid, 1993.

– Morales Padrón, Francisco: *La Ciudad del Quinientos*. Sevilla, 1989.

– Morgado, Alonso de: *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1981.

– Montoto Sedas, Santiago: *El Arenal de Sevilla en la historia y la literatura*. Sevilla, 1934.

– Navarro García, Luis: “El puerto de Sevilla a fines del siglo XVI”, en *Archivo Hispalense*, nº 139-140, 1966.

– Piñero Ramírez, Pedro y Rogelio Reyes Cano: *Itinerarios de la Sevilla de Cervantes. La ciudad en sus textos*. Sevilla, 2006.

– Pike, Ruth: *Aristócratas y comerciantes. La sociedad sevillana en el siglo XVI*. Barcelona, 1978. .

– Rey Caballero, José María del: *La mujer sevillana en la obra de Lope de Vega*. Sevilla, 1975.

– Rozas, Juan Manuel: *Estudios sobre Lope de Vega*. Madrid, 1990.

– Sancho Corbacho, Antonio: *Iconografía de Sevilla*. Sevilla, 1975.

– Serrera Contreras, Juan Miguel, Alberto Oliver y Javier Portús: *Iconografía de Sevilla (1650-1790)*. Madrid, 1989.

– Serrera, Ramón María: “La Casa de la Contratación en Sevilla (1503-1717)”, *España y América, un océano de negocios. Quinto Centenario de la Casa de la Contratación, 1503-2003*. Madrid, 2003.

– Ramón María Serrera: Estudio preliminar de *El Arenal de Sevilla* de Lope de Vega. Sevilla, Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, Colección “Sevilla lee”, 2007.

– Zamora Vicente, Alonso: *Lope de Vega*. Barcelona, 1985.